

zon lo pudiese hacer, dijo don Galaor. —¿Estáis en aquel propósito agora?—Sí, cierto, dijo él. —Ay Señor! dijo el caballero, Dios por su merced os lo deje acabar á vuestra honra.» E tomándolo por la mano, lo llegó al lecho é hizo callar á todos los que el duelo hacian, é dijo contra la dueña: «Señora, este caballero dice que á su poder vengará la muerte de vuestro marido.» Y ella se le cayó á los piés por gelos besar é dijo: «Ay buen caballero! Dios te dé el galardón, que él no ha en esta tierra pariente ni amigo que dello se trabaje, que es de tierra extraña; pero cuando era vivomuchos se le mostraban.» Galaor dijo: «Dueña, por ser él de la tierra que yo soy tengo mas sabor de le vengar; que yo soy natural de donde él era.—Amigo, señor, dijo la dueña, ¿por ventura sois vos el hijo del rey de Gaula, que decia mi señor que era en casa del rey Lisuarte?—Nunca fuí en su casa, dijo él. Mas decidme quién lo mató, é dónde lo podré hallar.—Buen señor, dijo ella, decírvoslo he é faceros he allá guiar; mas he gran recelo, segun el peligro, que dudeis de lo cometer, como otros que allá he enviado lo hicieron.—Dueña, dijo él, por eso se extreman los buenos de los malos.» La dueña mandó á dos doncellas que lo guiasen. «Señora, dijo Galaor, yo vengo á pié.» E contóle cómo el caballo perdiera, é dijo: «Mandadme dar en qué vaya.—De grado lo faré, dijo ella, á tal pleito que si lo no vengárdes, que me volvais el caballo.—Yo lo otorgo,» dijo Galaor.

CAPITULO XXV.

Cómo Galaor fué á vengar la muerte del caballero que habian hallado malamente muerto al árbol de la encrucijada.

Diéronle un caballo é fuése con las doncellas, é anduvieron tanto, que llegaron á una floresta é vieron en ella una fortaleza que estaba sobre una peña muy alta; é las doncellas le dijeron: «Señor, allí habeis de vengar al caballero.—Vamos allá, dijo él, y decidme qué nombre ha el que lo mató.—Palingues,» dijeron ellas. En esto llegaron al castillo é vieron la puerta cerrada. Galaor llamó, é viniendo un hombre armado sobre la puerta, dijo: «¿Qué quereis?—Entrar allá, dijo Galaor.—Esta puerta, dijo el otro, no es sino para salir los que acá están.—Pues ¿por dónde entraré? dijo él.—Yo os lo mostraré, dijo el otro; mas yo he miedo que trabajaré en vano, é no osaréis entrar.—Si me ayude Dios, dijo Galaor, ya querría ser allá dentro.—Agora lo verémos, dijo él, si vuestro esfuerzo es tal como el deseo; descendid del caballo, y llegadvos á pié á aquella torre.» Galaor dió el caballo á las doncellas é púsose donde le dijeron, é no tardó mucho que vieron al caballero é otro mas grande en somo de la torre, bien armado, é comenzaron á desenvolver una devanadera y echaron desuso un cesto grande atado en unas recias cuerdas, é dijeron: «Caballero, si acá quereis entrar, este es el camino.—Si yo en el cesto entrare, dijo Galaor, ¿ponerme heis allá suso en salvo?—Sí, verdaderamente,» dijeron ellos, mas despues no os aseguramos.» Entonces entró en el cesto é dijo: «Pues tirad; que en vuestra palabra me aseguro.» Ellos comenzaron á soltar é las doncellas, que lo miraban, dijeron: «Ay buen caballero! Dios te guarde de traicion; que cierto hay en el tu razon grande esfuerzo.» Así tira-

ron los caballeros á Galaor de encima de la torre, é siendo suño, salió muy ligero del cesto, y metióse con ellos en la torre; ellos le dijeron: «Caballero, conviene que jureis de ayudar al señor deste castillo contra los que demandaren la muerte de Antebon, ó no saliréis de aquí.—¿Es alguno de vos el que lo mató? dijo Galaor.—¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque querría facerle conocer la gran traicion que en ello fizó.—¿Cómo sois tan loco? dijeron los caballeros; ¿estáis en nuestro poder é amenazádesle? Pues agora comparéis vuestra locura.» E poniendo mano á sus espaldas, fueron para él muy airadamente, é Galaor metió mano á su espada é diéronse grandes golpes por cima de los yelmos y escudos; que los dos caballeros eran valientes, é Galaor, que se via en aventura, punaba por los llegar á la muerte. Las doncellas que abajo eran oían las heridas que se daban, y decian: «Ay Dios! ¿qué puede ser del buen caballero, que ya se combate?» E la una dijo: «No nos partamos de aquí fasta ver la cima deste fecho.» Galaor se combatía tan bravamente, que en mucho espanto ponía á los caballeros, y dejóse correr al uno é dióle un golpe de toda su fuerza por cima del yelmo, que la espada llegó á la cabeza y entró bien por ella dos dedos, é tirándola contra sí, dió con él de hinojos en tierra. Otrosí comenzóle á cargar de tan duros golpes, que por heridas que el otro le diese, nunca lo dejó fasta que lo mató, é tornó luego sobre el otro; é como se vió con él solo, quiso fuir, mas alcanzólo, é trabándolo por el brocal del escudo, lo tiró tan recio contra sí, que lo derribó ante sus piés; é dióle tales golpes de la espada, que no hobo menester maestro.

Esto así fecho, puso la espada en la vaina y echó los caballeros de la torre, diciendo á las doncellas que mirasen si alguno de aquellos era Palingues. Ellas dijeron: «Señor, estos están mal parados para los conocer; pero bien creemos que ninguno lo es.» Entonces Galaor se bajó por el escalera de la torre, y entrando en un palacio, vió una doncella hermosa que estaba diciendo: «Palingues, ¿por qué fuyes si eres tan esforzado que á mi padre matases en batalla, como tú lo dices? Atiende este caballero que viene.» Galaor miró adelante é vió un caballero muy armado de todas armas, que quería abrir una puerta de otra torre é no podía, é por las palabras de la doncella hermosa conoció ser aquel el que él buscaba, é hobo placer é dijo: «Palingues, no te cale que huyas ni que tomes esfuerzo, que aunque le tomes no escaparás en ninguna parte.» Entonces fué para él, y el otro, que mas no pudo, tornó asimesmo á lo herir, y dióle un gran golpe por cima del brocal del escudo, que entró la espada por él una mano; así que, no la podía sacar, é Galaor lo hirió en descubiertó en el brazo derecho, que le cortó la manga de la loriga, y el brazo cabe el codo, y gelo echó en tierra; é Palingues, que así se vió, quiso huir á una cámara, é cayó á la puerta atravesado. Galaor lo tomó por la pierna é trájolo rastrando, é quitóle el yelmo de la cabeza é hiriólo con su espada, diciendo: «Toma esto por la traicion que hiciste en matar á Antebon.» Y fendióle fasta los dientes; otrosí metió la espada en la vaina. E la doncella hermosa, que aquellas palabras oyera, vino contra él é dijo: «Ay buen caballero! Dios te haga vivir en hon-

ra, que vengaste á mi padre é la fuerza que á mí se hizo.» Galaor la tomó por la mano é dijo: «Cierto, amiga hermosa, bien debía haber vergüenza quien á tan hermoso parecer ficiese pesar; que si Dios me ayude, mucho mas valeis para ser servida que enojada.» Otrosí dijo: «Amiga, señora, ¿hay algunos en el castillo de que me tema?—Señor, dijo ella, no quedan aquí sino gente de servicio, é todos serán en la vuestra merced.—Pues vamos, dijo él, á hacer entrar dos doncellas de vuestra madre, que por su mandado me guiaron aquí.» Entonces la tomó por la mano, y llegando á la puerta del castillo, la abrieron, é allí fallaron las doncellas que atendian, é la una le traía el caballo, é hicieronlas entrar, é cuando descabalgaron abrazaron á su señora con gran placer, y preguntáronle si era vengada la muerte de su padre. «Sí, dijo ella, á Dios merced é á este buen caballero que la vengó, lo que otro ninguno no pudiera hacer.» E luego se fueron juntas adonde Galaor estaba, que ya se quitara el escudo y el yelmo, é viéronle tan niño é tan hermoso, que mucho fueron maravilladas; é la doncella á quien él acorrió se pagó del mucho mas que de ninguno otro que jamás viera, é fuélo abrazar, diciendo: «Amigo, señor, yo vos debo mas amar que á otra persona alguna, y de grado querría saber, si vos pluguiere, quién sois.—Soy natural, dijo él, de donde era vuestro padre.—Pues decidme vuestro nombre.—A mi llaman don Galaor, dijo él.—A Dios merced, dijo ella, que de tal caballero fué vengado mi padre, que vos mentaba muchas veces, é á otro buen caballero, vuestro hermano, que se llama Amadís, é decia que sois hijos del rey de Gaula, cuyo vñsallo él fué.» A esta sazón andaban las doncellas por el castillo buscando con las otras mujeres para les dar de comer, y estaban don Galaor é la doncella, que Brandueta habia nombre, solos hablando en lo que oís; é como ella era muy hermosa y él codicioso de semejante vianda, antes que la comida viniese ni la mesa fuese puesta, descompusieron ellos ambos una cama que en el palacio era, donde estaban haciendo dueña aquella que de antes no lo era, satisfaciendo á sus deseos, que en tan pequeño espacio de tiempo, mirándose el uno al otro la su floreciente y hermosa juventud, muy grandes se habian fecho.

Las mesas puestas é todo aderezado, salieron Galaor é la doncella al corral, y debajo de un árbol que allí estaba les dieron de comer, é Brandueta le contó allí cómo Palingues, con miedo suyo y de su hermano Amadís, ponía tan gran guarda en aquel castillo; pensando que, pues Antebon, su padre, era su natural, que á ellos ante que á otros ningunos era dada la venganza de su muerte. Despues que allí holgaron en mucho placer, é porque Brandueta se congojaba por salir del castillo é ir á ver á su madre, Galaor, teniéndolo por bien, acordaron de se ir luego, aunque ya era tarde, é luego cabalgaron en sus palafrenes, y metidos al camino, llegaron á casa de la dueña, su madre, á dos horas andadas de la noche; la cual ya por una de las doncellas que adelante fuera, sabia ya todo lo que pasara; é así ella como toda la otra gente, hombres é mujeres, los aguardaban en el corral, donde Antebon muerto yacia, haciendo grandes alegrías porque tan LC.

complida é honradamente fuera su muerte vengada; é Galaor descendió en los brazos de la señora, diciéndole: «Señor caballero, este castillo es vuestro; é todos harémos lo que vos mandádes.» Entonces lo hizo desarmar, y lleváronlo á una rica cámara, donde habia un lecho de hermosos paños, é allí albergó aquella noche mucho á su placer, porque Brandueta, considerando que dejándolo solo no era complida la gran honra que él merecia, cuando vió el tiempo aparejado se fué para él, é á las veces durmiendo é otras hablando é holgando, estovieron de consuno hasta cerca del día, que ella á su cámara se tornó.

CAPITULO XXVI.

Cómo recuenta lo que le acaesció á Amadís yendo en recuesta de la doncella que el caballero maltratada llevaba.

Amadís, que iba tras el caballero que á la doncella por fuerza llevaba, é la iba hiriendo, anduvo mucho por lo alcanzar; é antes que lo alcanzase encontróse con otro caballero armado en su caballo, que le dijo: «¿Qué cuita habeis tan grande, que con tanta priesa vos hace venir?—¿A vos qué os va, dijo Amadís, que yo vaya ahina mi paso?—Si huis ante alguno, ampararos he yo.—No he agora menester vuestra defensa,» dijo Amadís. El caballero le tomó por el freno é dijo: «Conviene que me lo digais; si no, sois en la batalla.—Mas me place deso, dijo Amadís, porque mas tardaré de os lo decir que de me quitar de vos por esa via; que, segun vuestra desmesura, no os podría decir tanto, que mas no quisiédes saber.» El caballero se tiró afuera é vino para él al mas ir de su caballo, é Amadís á él, y el caballero le encontró reciamente en el escudo, que la lanza fué en piezas, é Amadís lo hirió tan duramente, que lo derribó en tierra, y el caballo sobre él, y el caballero se hirió tan mal en la una pierna, que apenas se pudo levantar; pasando por él, fué adelante por su camino, y este fué el caballero que soltó el caballo á don Galaor. É Amadís se aquejó tanto de andar, que alcanzó el caballero que la doncella llevaba, é dijo: «Gran pieza há que fuistes desmesurado, é agora os ruego que no lo seais.—Y ¿qué desmesura hago yo? dijo el caballero.—La mayor que podíades, dijo Amadís; que llevais la doncella forzada, y demás la ferides.—Parece, dijo el caballero, que me quereis castigar.—No vos castigo, dijo él, mas dígoos lo que es vuestra pro.—Entiendo que lo seria mas vuestra en vos tornar por do venistes.» Amadís hobo saña, et fué para el escudero é dijole: «Dejad la doncella; si no, muerto sois.» El escudero, con miedo, púsola en el suelo; el caballero dijo: «Don caballero, gran locura tomastes.—Agora lo verémos,» dijo Amadís; é bajando las lanzas, se firieron de tal guisa, que fueron quebradas, y el caballero fué en tierra, é tanto que cayó levantóse ahina, é Amadís fué á él por lo ferir con los pechos del caballo, y el otro le dijo: «Estad, Señor; que por ser yo desmesurado no lo seais vos; é habed de mí merced.—Pues jurad, dijo Amadís, que á dueña ni á doncella no forzaréis contra su voluntad en ninguna cosa.—Muy de grado,» dijo el caballero. Amadís, que llegó á él para tomar la jura, y el otro, que la espada tenía en la mano, hirióle con

ella en el vientre del caballo, que lo hizo caer con él. Amadís salió luego dé él poniendo mano á la espada, se dejó á él correr tan sañudo, que maravilla era, y el caballero le dijo: «Agora os faré ver que en mal punto aquí venistes.» Amadís, que gran ira llevaba, no le respondió, mas firióle en el yelmo so la visera, é cortóle dél tanto, que la espada llegó al rostro; así que, las narices con la meitad de la cara le cortó, é cayó el caballero; mas él, no contento, tajóle la cabeza, é metiendo su espada en la vaina, se fué á la doncella á tal hora, que ya era noche cerrada é la luna facia clara; ella le dijo: «Señor caballero, Dios os dé honra por el acorro que me fecistes, é mas si le diédes fin, que es llevarme á un castillo donde yo querria ir, que no ha cosa por qué á tal hora cometiese ningun camino.» Doncella, dijo él, yo os llevaré de grado.» Estando en esto, llegó Gandalin, é Amadís le dijo: «Dame aquel caballo del caballero, pues que el mio me mató, é tomá tú la doncella en el palafren, é vamos adelante donde nos ella guiare.» Así fueron dejando aquel camino, á tomar otro que la doncella sabia. Amadís le preguntó si sabia el nombre del caballero muerto del árbol de la encrucijada. Ella dijo que sí, é contóle toda su hacienda, é la razon de su muerte, que la bien sabia. En esto llegaron á una ribera siendo ya la media noche; é porque á la doncella prendia gran sueño, á ruego della acordaron de allí dormir alguna pieza, é descendiendo de las bestias, pusieron el manto de Gandalin, en que ella durmiese, é Amadís, acostado á su yelmo, se echó cerca della, é Gandalin de la otra parte; pues durmiendo todos como ois, llegó acaso un caballero que venia por la ribera descontra suso, é como así los vió púsose en su caballo encima dellos, y metió el cuento de la lanza entre los brazos de la doncella é fizola despertar; é como vió el caballero armado, cuidó que era el que la aguardaba, y levantóse soñolienta é dijo: «¿Quereis, Señor, que andemos?» Quiero, dijo el caballero.—En el nombre de Dios,» dijo ella. El caballero se bajó, é tomándola por el brazo, la puso ante sí é comenzó de ir. «¿Qué es eso?» dijo ella, mejor me llevará el escudero.—No llevará, dijo él, pues quisistes vos ir conmigo.» Ella cató ante sí, é vió á Amadís, que muy fuerte dormia, é dió voces: «¡Ay señor! acorredme; que me lleva no sé quién.» El caballero dió de las espuelas al caballo é fuése con ella cuanto mas pudo.

Amadís despertó á las voces de la doncella é vió cómo el caballero la llevaba, de que mucho pesar hobo, é llamó apriesa á Gandalin que le diese el caballo, y en tanto enlazó el yelmo é tomó el escudo é la lanza, é cabalgando, se fué por donde el otro viera ir, é no anduvo mucho, que se halló entre unos árboles muy espesos, donde perdió la carrera, que no sabia dónde ir; pero aunque él era el caballero del mundo mas sofrido, crecióle gran saña contra sí, diciéndo: «Agora digo que la doncella puede bien decir que tanto le fice de tuerto como de amparamiento; que si de un forzador la defendí, dejéla en poder de otro.» E así anduvo una gran brevedad por el campo, faciendo á su caballo mas mal que merecía, é á poco rato oyó sonar un cuerno, é fuése corriendo contra aquella parte, cuidando que allí habia acudido el caballero, é no tardó que halló

ante sí una hermosa fortaleza en un otero alto, y velámbala muy fuerte, y llegándose á ella, vió el muro alto é las torres fuertes, mas la puerta habia bien cerrada; los veladores, que le vieron, preguntáronle qué hombre era, que á tal hora andaba armado. «Soy un caballero, dijo él.—Y ¿qué demandais?» dijeron ellos.—Demando, dijo él, un caballero que me tomó una doncella.—No lo vimos,» dijeron los de suso. Amadís se fué en derredor del castillo, é de la otra parte falló un postigo abierto, é vió al caballero que llevara la doncella á pié, é sus hombres que le desensillaban el caballo, que no habia por el postigo de otra guisa. Amadís cuidó que él era é dijo: «Señor caballero, atended un poco y no vos acojades; antes me decid si sois vos el que me tomó una mi doncella.—Si la yo traje, dijo él, mal la guardastes vos.—Forzástemela por engaño, dijo Amadís; que de otra guisa no fuera tan ligero de lo facer; é cierto no fuistes en ello cortés ni ganastes hi prez de caballero.» El caballero le dijo: «Amigo, yo tengo la doncella, que de su voluntad quiso venirse conmigo, y tengo que le no fice fuerza.—Señor caballero, dijo Amadís, mostrádmela, é si ella eso dice, dejare de la demandar.—Yo os la mostraré mañana acá dentro, si quisierdes entrar con la costumbre del castillo.—Y ¿qué costumbre es esa?» Mañana vos la dirán, y no la teroéis en poco si á ella vos aventurais.—Si agora la quisieses ver; acogerme—y—án dentro?—No, dijo el caballero, por ser de noche; mas si al dia aguardádes, verémos lo que hi fareis.» Y cerrando el postigo, se acogió dentro, é Amadís se tiró afuera so unos árboles, donde descendió del caballo; y estuvo con Gandalin hablando en muchas cosas fasta la mañana; y el sol salido, vió abrir la puerta, é cabalgando en su caballo, llegóse á ella é vió estar un caballero todo armado en un gran caballo, y el portero que aguardaba le dijo: «Señor caballero, ¿quereis acá entrar?» Quiero, dijo Amadís; que por eso vengo aquí.—Pues ante vos diré, dijo el portero, la costumbre, porque vos no quejeis, é dígovos de tanto que ante que entreis vos habeis de combatir con aquel caballero, é si vos vence, juraréis de hacer mandado de la señora deste castillo; si no, echaros han en una esquivá prision; é aunque vos vengais, no vos dejaremos salir, é habédes de ir adelante, donde fallaréis á otra puerta otros dos caballeros, é mas adentro otros dos caballeros, é con todos vos habeis de combatir por tal pleito como el del primero; é si fuédes tan bueno, que á vuestra honra lo pasádes, demás de ganar gran prez de armas, hacervos han derecho de lo que demandádes.—Cierto, dijo Amadís, si vos verdad decís, caramente lo comprará quien de aquí lo llevaré; mas, como quier que ello sea, todavía quiero ver la doncella que acá me tienen, si puedo.» Entonces se metió por la puerta del castillo, y el caballero le dió voces que se guardase, y dejóse á él correr, é Amadís á él, é firiéronse de las lanzas en los escudos, y el caballero quebrantó su lanza, é Amadís le puso en tierra tan bravamente, que le quebrantó el brazo diestro; é tornó sobre él, é poniéndole la lanza en los pechos, dijo: «Muerto sois si no vos otorgais por vencido.» El caballero dijo: «Señor, merced.» É mostróle el brazo quebrado. Amadís pasó por él é fuése

adelante, é vió á la otra puerta dos caballeros armados, é dijéronle: «Entrad, caballero, si con nosotros vos quereis combatir, si no, seréis preso.—Cierto, dijo él, ante me combatiré que ser preso.» É cubriéndose de su escudo, bajó su lanza é dejóse á ellos correr, y ellos á él, y el uno falleció de su golpe, y el otro lo firió en el escudo de guisa que gelo falsó, é firiólo en el brazo siniestro, y quebró la lanza en piezas. Amadís le firió tan duramente, que batió á él é al caballo en tierra, é fué así atordido de la caída, que no supo de sí parte; é dejóse ir al otro, que quedara de caballo, y encontróle con la lanza sin hierro, que quedara en el escudo del otro, en el yelmo, de guisa que gelo sacó de la cabeza, y el caballero lo hirió en el brocal del escudo en soslayo; así que, el encuentro no prendió, y quedó allí la lanza sana, é pusieron mano á las espadas, é diéronse grandes golpes, é Amadís le dijo: «Cierto, caballero, locura faceis en vos combatir con la cabeza desarmada.—La mi cabeza, dijo él, la guardaré yo mejor que vos la vuestra.—Agora parecerá,» dijo Amadís. Entonces lo firió encima del escudo de tan fuerte golpe, que la espada entró por él, y el caballero perdió las estriberas, é hobiera de caer. Amadís, que así embarazado lo vió, dióle de llano con la espada en la cabeza, de que muy atordido fué, é púsole la mano en el hombro é díjole: «Caballero, mal guardastes la cabeza; que la perdiérades si os diera el golpe á derecho.» El caballero dejó caer la espada de la mano é dijo: «No quiero perder mi cuerpo con mas locura, pues ya una vez me lo distes; id adelante.» Amadís le demandó la lanza que yacia en el suelo, y él gela dió, y llegando á la otra puerta, vió dentro en el castillo dueñas é doncellas suso en el muro, é oyó que decían: «Si este caballero pasa la puente á pesar de los tres, habrá hecho la mayor caballería del mundo.» Entonces salieron á él los tres caballeros muy bien armados, y en fermosos é grandes caballos, y el uno le dijo: «Caballero, sed preso, ó jurad que faréis mandado de la señora del castillo.—Preso no seré, dijo Amadís, en tanto que me defender pueda, ni la voluntad de la señora no sé cuál es.—Pues agora os guardad,» dijeron ellos; é fueron todos de consuno á lo herir tan bravamente, que lo hobieran de derribar con el caballo. Amadís firió al uno tan recio, que le metió el hierro de la lanza por los costados, é allí quebró su lanza, así como los otros las quebraron en él; y metiendo mano á las espadas, se firieron tan bravamente, que los que lo miraban eran mucho maravillados; que los tres caballeros eran valientes é usados en armas, é aquel que ante tenían no queria la vergüenza para sí. La batalla fué brava, mas no duró mucho; que Amadís, mostrando sus fuerzas, les daba tales golpes, que la espada les hacia llegar á las carnes é á las cabezas; así que, en poca de hora los paró tales, que le no podían sofrir, y huyeron contra el castillo, y él en pos dellos; é como los aquejaba, el uno dellos descendió del caballo é Amadís le dijo: «No os cale descender; que vos no dejaré si no vos otorgais por vencido.—Cierto, Señor, eso faré yo de grado, dijo él, é todos los que con vos se combatieren lo debrian ser, segun lo que faceis.» É dióle su espada. Amadís gela tornó é fué en pos de los otros, que vió

entrar en un gran palacio, é vió á la puerta del bien veinte dueñas é doncellas, é la mas hermosa dellas dijo: «Estad, señor caballero; que mucho habeis fecho.» Amadís estuvo quedo é dijo: «Señora, pues otórguense por vencidos.—É á vos ¿qué os hace?» dijo la dueña.—Porque me dijeron á la puerta que me convenia matar ó vencer; que de otra guisa no alcanzaria mi derecho.—Mas dijéronvos, dijo la dueña, que si acá entrádes á fuerza dellos, que vos harian derecho de lo que demandádes; é agora decid lo que os pluguiere.—Yo demandó, dijo él, una doncella que me tomó un caballero en una ribera donde de noche durmia, y la trajo á este castillo á su pesar.—Agora asentados, dijo ella, y venga el caballero é diga su razon, é vos la vuestra, é cada uno habrá su derecho; é descendid un poco en tanto que viene el caballero.» Amadís descendió de su caballo, é la dueña lo sentó cabe sí, é díjole: «¿Conoceis vos un caballero que se llama Amadís?»—¿Por qué lo preguntais?» dijo él.—Porque toda esta guarda que vistes en este castillo por él es puesta; é bien vos digo que si él acá entrase, que no saldria de aquí por ninguna guisa fasta que se hobiese de quitar de una cosa que prometió.—Y ¿qué fué eso?» dijo él.—Yo vos lo diré, dijo la dueña, por pleito que á todo vuestro poder le hagádes partir de lo que prometió, quier por armas, quier por otra cosa, pues que no lo hizo con derecho.» Amadís dijo: «Yo os digo, dueña, que cualquiera cosa que Amadís haya prometido, en que tanto sea, le haré yo quitar á todo mi poder.» Ella, que no entendia á qué fin era dicho, dijo: «Pues agora sabed, señor caballero, que ese Amadís que yo vos fablo prometió á Angriote de Estravaus que le faria haber á su amiga, y de esta promesa le haced vos partir, pues que tai juntamiento mas por voluntad que por fuerza quiere Dios é la razon que se faga.—Cierto, dijo Amadís, vos decís razon, é si puedo, yo le haré quitar.» La dueña gelo agradeció mucho; pero é no menos contento era, porque cumpliendo su promesa, se quitaba della. «É decid, dijo él, ¿por ventura sois vos, Señora, aquella que Angriote ama?»—Señor, dijo ella, yo soy.—Cierto, Señora, dijo él, á Angriote tengo yo por uno de los buenos caballeros del mundo, é al mi cuidar, no hay tan alta dueña que no se deba preciar de haber tal caballero; y esto no lo digo por no tener lo que prometí, mas dígolo porque él es mejor caballero que ese que le dió la promesa.»

CAPITULO XXVII.

Cómo Amadís se combatió con el caballero que la doncella habia hurtado estando durmiendo.

Mientras que esto fablaban vino á ellos un caballero todo armado sino la cabeza é las manos; él era grande y membrudo é asaz bien fecho para haber gran fuerza, é dijo contra Amadís: «Señor caballero, dicenme que demandais una doncella que yo aquí traje; é yo no os forcé de nada; que ella se quiso venir conmigo ante que quedar con vos, é así tengo que no he por que os la dar.—Pues mostrádmela, dijo Amadís.—Yo no he por qué vos la mostrar, dijo el caballero; mas si decís que no debe ser mia, probarvos lo he por batalla.—Cierto, dijo Amadís, eso probaré yo á qué quier; que la no

debeis vos haber con derecho si la doncella no se otorga en ello.—Pues sed vos en la batalla, dijo el caballero.—Mucho me place, dijo Amadís.—Agora sabed que este caballero habia nombre Gasinan, y era tio hermano de su padre de la amiga de Angriote, y era el pariente del mundo que ella mas amaba, é por ser el mejor caballero de armas de su linaje traia su hacienda por seso dél, é trajéronle á este Gasinan un gran caballo, y él tomó sus armas, é Amadís otrosí cabalgó é tomó las suyas; é la dueña, que Grovenesa habia nombre, dijo: «Tio, yo vos loaria que no pasase esta batalla; que mucho pesar habria de cualquiera de vos que mal le avenega; que vos sois el hombre del mundo que yo mas amo, y ese caballero me juró que faria quitar á Amadís de lo que prometió á Angriote.—Sobrina, dijo Gasinan, ¿cómo cuidais vos que ni él ni otro pudiese tirar al mejor caballero del mundo de no complir su voluntad?» Grovenesa le dijo: «Así Dios me ayude, yo tengo á este por el mejor caballero del mundo; é si tal no fuese, no entrara acá por fuerza de armas.—¿Cómo! dijo Gasinan, ¿tanto lo preciais vos por pasar las puertas á aquellos que las guardaban? Cierito él hizo buena caballería, mas yo por eso no lo temo mucho; é si en él ha bondad, agora lo veréis, é Dios no me ayude si yo la doncella dejo en cuanto defender la pueda.» Grovenesa se tiró fuera, y ellos partieron contra sí al mas ir de los caballos, las lanzas bajas, é firieronse en los escudos tan bravamente, que luego fueron quebradas, y ellos se juntaron de los escudos é yelmos de consuno tan duramente, que maravilla era; é Gasinan, que menos fuerza habia, fué fuera de la silla é dió gran caída; mas él se levantó luego, como aquel que era de gran fuerza é corazon, y metió mano á la espada, é fuése yendo contra un pilar de piedra que estaba alto en medio del corral, que allí cuidó que no le faria Amadís mal de caballo, é si á él se llegase, que gelo podría matar. Amadís se dejó ir á él, por lo herir, é Gasinan le dió con el espada en el rostro del caballo, de que Amadís fué muy sañado, é quisolo ferir de toda su fuerza; é Gasinan se tiró afuera, y el golpe dió en el pilar, que de fuerte piedra era; así que, cortó una pieza dél, mas el espada fué quebrada en tres piezas. Cuando él así la vió hobo gran pesar, como quien estaba en peligro de muerte, é al no tenia con que se defender, é lo mas presto que pudo descendió de su caballo. Gasinan, que así lo vió, dijo: «Caballero, otorgad la doncella por mia; si no, muerto sois.—Eso no será, dijo él, si antes ella no dice que le place.» Entonces se dejó ir á él Gasinan, é comenzó de ferir por todas partes, como aquel que era de gran fuerza é habia sabor de ganar la doncella. Mas Amadís se cubria tan bien de su escudo é con tanto tiento, que todos los mas golpes recibia en él, é otros le habia perder, é algunas veces le daba con el puño de la espada, que en la mano le quedó, tales golpes, que le hacia revolver de una é otra parte, é le torcia á menudo el yelmo en la cabeza. Así anduvieron gran pieza en la batalla; tanto, que las dueñas é doncellas se espantaban de cómo lo podia Amadís sufrir sin tener con qué ferir; pero desde que se vió descubierto por muchos lugares de su loriga, y menguado de su escudo, púsolo todo en aventura de muerte, y dejóse ir con gran saña

á Gasinan tan presto, que el otro no pudo ni tuvo tiempo de lo herir, é abrazáronse ambos, punando cada uno por derribar al otro; é así anduvieron una pieza, que nunca Amadís lo dejó que dél se soltase; é siendo cerca de una gran piedra que en el corral habia, puso Amadís toda su fuerza, que muy mayor que ninguno pudiera pensar la tenia, aunque de gran cuerpo no era, é dió con él encima della tan gran caída, que Gasinan fué todo atordido, que no se meneaba con pié ni con mano. Amadís tomó el espada presto, que le cayera de la mano, é cortándole los lazos del yelmo, tirólo de la cabeza, y el caballero acordó al cuanto mas; pero no de guisa que levantar se pudiese, é dijo: «Don caballero, mucho pesar me hecistes sin derecho, é agora me vengaré dello.» E alzó la espada como que lo queria ferir, y Grovenesa dió grandes voces, diciendo: «¡Ay buen caballero! por Dios merced, no sea así.» E fué contra él llorando. Cuando Amadís vió que tanto le pesaba hizo mayor semblante de lo matar é dijo: «Dueña, no me roguéis que lo deje; que él me ha hecho tanto pesar, que por ninguna guisa dejaré de le cortar la cabeza.—¿Ay señor caballero! dijo ella, por Dios mandad todo lo que vuestra voluntad fuere que nos hagamos, en tal que no muera, é luego será cumplido.—Dueña, dijo él, en el mundo non ha cosa por que yo lo dejase, sino por dos cosas, si las vos quisierdes hacer.—¿Qué cosas son? dijo ella.—Dadme la doncella, dijo él, é vos me juraréis, como leal dueña, que iréis á la primera corte que el rey Lisuarte hiciere, é allí me daréis un don, cual yo pidiere.» Gasinan, que estaba ya mas acordado y se vió en tan gran peligro, dijo: «Ay sobrina! por Dios merced, é no me dejéis matar, é habed duelo de mí, é haced lo que el caballero dice.» Ella lo otorgó como Amadís lo pedia. Entonces dejó al caballero é dijo: «Dueña, yo vos estaré bien en el don que vos prometí, é vos tened en la otra jura, é no temáis que yo vos demande cosa que sea contra vuestra honra.—Muchas mercedes, dijo ella; que vos sois tal, que faréis todo derecho.—Pues agora vengad la doncella que yo demandó.» La dueña la hizo venir, é fué fincar los hinojos ante Amadís, é dijo: «Cierito, Señor, mucho afan por mí habeis llevado; é como quier que Gasinan me trajese á engaño, conozeo que me quiere bien, pues quiso ante combatir-se que dar-me por otra guisa.—Amiga, señora, dijo Gasinan, si á vos parece que vos ame, si Dios me ayude, parecevos gran verdad, é ruégoos mucho que quedeis conmigo.—Así lo haré, dijo ella, placiendo á este caballero.—Cierito, doncella, dijo Amadís, vos escogedes uno de los buenos caballeros que podriades fallar; pero si esto no es vuestro placer, luego me lo decid, é no me culpeis de cosa que dello vos avenga.—Señor, dijo ella, yo gradezco mucho á Dios porque aquí me dejais.—«En el nombre de Dios,» dijo Amadís. Entonces demandó su caballo, é Grovenesa quisiera que quedara allí aquella noche, mas él no lo hizo; é cabalgando en él, despedido della, mandó llevar á Gandalin las piezas de la espada é salió del castillo; mas antes Gasinan le rogó que la suya llevase, y él gelo gradezció mucho é tomola, é Grovenesa le hizo dar una lanza, é así entró en el derecho camino del árbol de la encrucijada; que allí cuidaba fallar á Galaor é Balais.

CAPITULO XXVIII.

De lo que azació á Balais, que iba en busca del caballero que habia hecho perder á don Galaor el caballo.

Balais de Carsante se fué en pos del caballero, que soltó el caballo de don Galaor, el cual iba ya muy lueño, é aunque él mucha priesa por lo alcanzar se dió, tomóle ante la noche, que muy oscura vino, é anduvo fasta la media noche. Entonces oyó unas voces ante sí en una ribera, é fué para allá, é falló cinco ladrones que tenian una doncella, que la querian forzar, y el uno dellos la llevaba por los cabellos á la meter entre unas peñas, é todos eran armados de hachas é lorigas. Balais, que lo vió, dijo á grandes voces: «Villanos, malos traidores, ¿qué quereis á la doncella? Dejaldá; si no, todos sois muertos.» E dejóse ir á ellos, y ellos á él, é firió al uno con la lanza por los pechos, é salió el fierro á las espaldas, é la lanza quebrada, é quedó muerto el ladron. Mas los cuatro le hirieron de guisa que el caballo cayó luego entre ellos, y él salió dél lo mas ahina que pudo, como aquel que era esforzado é buen caballero, é metió mano á su espada, é los ladrones se dejaron correr á él, é firieronle de todas partes por do mejor podian, y él firió á uno que mas á mano falló por cima de la cabeza, que lo fendió fasta el pescuezo, é dió con él muerto en tierra; é dejando colgar la espada de la cadena, tomó muy presto la hacha que al villano se le cayera, é fué contra los otros, los cuales viendo los grandes golpes que daba, se le acogian á un tremedal que la entrada tenia estrecha; pero antes alcanzó al uno con la hacha en los lomos, que le cortó la carne é huesos, fasta la ijada, é pasando sobre él, fué á los otros dos que se le acogieran al tremedal, é allí habia un fuego grande, é los ladrones se pusieron de la otra parte, vueltos los rostros contra él, que no habia por donde huyesen. Balais se cubrió de su escudo é fué para ellos, é los ladrones le firieron de grandes golpes por cima del yelmo; así que, la una mano le hicieron poner en tierra; mas él se levantó bravamente, como aquel que era de gran corazon, é dió al uno con la hacha tal herida, que la media cabeza le derribó é dió con él en el fuego. El otro, cuando se vió solo, dejó caer la hacha de las manos é paróse ante él de hinojos, é dijo: «Ay Señor, por Dios, merced, no me mateis; que segun lo mucho que he andado en este mal oficio, con el cuerpo perderia el ánima.—Yo te dejo, dijo Balais, é pues que tu discrecion basta para conocer que en tal vida eras perdido, que tomes aquella con que al contrario serás reparado.» Así lo hizo este ladron, que despues fué hombre bueno é de buena vida, é fué ermitaño.

Esto así hecho, Balais se salió del tremedal donde la doncella quedara, que muy alegre con su vista fué, en le ver sano, é gradezció mucho lo que por ella ficiera en la quitar de aquellos malos hombres que la querian escarnir, y él le preguntó cómo la habian tomado aquellos malos hombres. «En un paso de un monte, dijo ella, que es acá suso desta floresta que ellos guardaban, é allí me mataron dos escuderos que iban conmigo, é trajéronme aquí por me tener presa para facer su voluntad.» Balais vió la doncella, que era muy hermosa, é pagóse mucho della, é dijo: «Cierito, Señora, si ellos vos

tovieran presa como vuestra fermosura tiene á mí, nunca de allí salierades.—Señor caballero, dijo ella, si yo perdiendo mi castidad por la via que los ladrones trabajaban, la gran fuerza suya me quitaba de culpa, otorgándola á vos de grade, ¿cómo seria ni podria ser desculpada? Lo que hasta aquí hecistes fué de buen caballero; ruégoos yo que á la fuerza de las armas le deis por compañía la mesura é virtud á que tan obligado sois.—Mi buena señora, dijo él, no tengais en nada las palabras que os dije; que á los caballeros conviene servir é cobdiciar á las doncellas, é querellarse por señoras é amigas, y ellas guardarse de errar, como vos lo quereis facer; porque, como quiera que al comienzo en mucho tenemos haber alcanzado lo que dellas deseamos, mucho mas son de nosotros preciadas é estimadas cuando con discrecion é bondad se defienden, resistiendo nuestrós malos apetitos, guardando aquello que perdiéndolo ninguna cosa les quedaria que de loar fuese.» La doncella se le humilló por le besar las manos é dijo: «En tanto mas se debe tener este socorro de la honra que el de la vida que me habeis hecho, cuanto mas es la diferencia de lo uno á lo otro.—Pues, agora, dijo Balais, ¿qué mandais que haga?—Que nos alonguemos destos hombres muertos, dijo ella, hasta que el dia venga.—¿Cómo será eso? dijo él, que me mataron el caballo.—Írémós, dijo ella, en este mi palafren.» Entonces cabalgó Balais é tomó la doncella en las ancas, é alongáronse una pieza, donde hallaron un prado cerca de un camino cuanto uua echadura de arco, é allí albergaron, hablando en algunas cosas; é contóle Balais la razon por qué tras el caballero venia; é venida la mañana, armóse é cabalgaron en el palafren é fuéronse al camino, pero no vió rastro de ninguno que por allí hobiese pasado, é dijo á la doncella: «Amiga, ¿qué haré de vos, que no puedo por ninguna guisa quitarme desta demanda?—Señor, dijo ella, vayamos por esta carrera hasta que algun lugar hallemos, é allí quedando yo, iréis vos en el palafren.» Pues moviendo de allí, como ois, á poco rato vieron venir un caballero que la una pierna traia encima de la cerviz del caballo, é llegando mas cerca, púsole en la estribera, é firiendo el caballo de las espuelas, se vino á Balais, é dióle una tal lanzada en el escudo, que á él é la doncella derribó en tierra, é dijo: «Amiga, de vos me pesa que caistes, mas llevarvos he yo donde se emendará; que este no es tal para que merezca llevaros.» Balais se levantó muy ahina, é conoció que aquel era el caballero que él demandaba; é poniendo su escudo ante sí, con la espada en la mano dijo: «Don caballero, vos fuistes bien andante, que perdí mi caballo; que si Dios me ayude, yo vos ficiera pagar la villanía que anoche fecistes.—¿Como! dijo el caballero, ¿vos sois el uno de los que de mí se rieron? Cierito, yo haré tornar sobre vos el escarnio.» E dejóse correr á él, la lanza á sobre mano, é dióle un tal golpe en el escudo, que gelo falsó. Balais le cortó la lanza por cabe la mano, y el caballero metió mano á su espada é fuéle dar un golpe por cima del yelmo, que hizo entrar por él bien dos dedos. E Balais se tendió contra él y echóle las manos en el escudo, é tiró por él tan fuertemente, que la silla se torció y el caballero cayó ante él, é Balais fué sobre él; quitándole los lazos del

yelmo, le dió por el rostro é por la cabeza con la manzana de la espada grandes golpes; así que, le atordeció; é como vió que en él no había defendimiento ninguno, tomó la espada é dió con ella en una piedra tantos golpes, que la fizo piezas, é metió la suya en la vaina, é tomó el caballo del caballero, é puso la doncella en el palafren, é fuése su via contra el árbol de la encrucijada, é hallaron en el camino unas casas de dos dueñas que santa vida hacían, donde tomaron de aquella su pobreza algo que comiesen; que muchas bendiciones á Balais echaban porque había muerto aquellos ladrones, que mucho mal por toda aquella tierra hacían.

E así continuaron su camino fasta que llegaron al árbol de la encrucijada, donde hallaron á Amadis, que entonces había llegado, é no tardó mucho que vieron cómo don Galaor venía. Pues allí juntos todos tres, hobieron entre sí muy gran placer en haber acabado sus aventuras tanto á sus bonras, é acordaron de albergar aquella noche en un castillo de un caballero muy honrado, que era padre de la doncella que Balais llevaba, cerca dende; é así lo hicieron; que á él llegados, fueron muy bien rescebidos é servidos de todo lo que menester habían; é otro día de mañana, despues que oyeron misa, armáronse, é cabalgando en sus caballos, dejando la doncella en el castillo con su padre, entraron en el derecho camino de Vindilisora. Balais daba el caballo á don Galaor, como gelo prometiera, mas él no lo quiso tomar, así porque el suyo perdiera por cobrarle, como por haber el otro ganado.

CAPITULO XXIX.

Cómo el rey Lisuarte hizo cortes, é de lo que en ellas le avino.

Con las nuevas que el Enano trajo al rey Lisuarte de Amadis é don Galaor fué muy alegre, teniendo en voluntad de facer cortes las mas honradas é de mas caballeros que nunca en la Gran Bretaña se hicieran, solamente esperando á Amadis é Galaor. Pareció ante el Rey un día Olivas á se quejar del duque de Bristoya, que un su primo le matara á alevé. El Rey, habido su consejo con los que desto mas sabían, puso plazo de un mes al Duque, que á responder viniese; é que si por ventura quisiese meter en esta recuesta dos caballeros consigo, que Olivas los tenía de su parte; tales que con toda igualdad de linaje é bondad podrian mantener razon é derecho. Esto fecho, mandó el Rey apercebir á todos sus altos hombres que fuesen con él el día de Santa María de Septiembre á las cortes, é la Reina asimismo á todas las dueñas é doncellas de gran guisa.

Pues siendo todos en el palacio, con gran alegría hablando en las cosas que en las cortes se habían de ordenar, no sabiendo ni pensando cómo en los semejantes tiempos la fortuna movable quiere con sus asechanzas cruelmente herir, porque á todos sea notorio el pensamiento de los hombres no venir en aquella certenidad que ellos esperan, acaeció de entrar en el palacio una doncella extraña asaz bien guarnida, é un gentil doncel que la acompañaba; é descendiendo de un palafren, preguntó cuál era el Rey; é dijo: «Doncella, yo soy.—Señor, dijo ella, bien semejais rey en el cuerpo, mas no sé si lo sois en el corazón.—Doncella, dijo

él, esto védes vos agora, é cuando en lo otro me probádes saberlo heis.—Señor, dijo la doncella, á mi voluntad respondeis, é miembreseos esta palabra que me dais ante tantos hombres buenos, porque yo quiero probar el esfuerzo de vuestro corazón cuando me fuere menester; é yo oí decir que quereis tener cortes en Lóndres por Santa María de Septiembre, é allí donde muchos hombres buenos habrá quiero ver si sois tal, que con razon debais ser señor de tan gran reino é tan famosa caballería.—Doncella, dijo el Rey, pues que mi obra á mi poder se hará mejor que el dicho, tanto mas placer habrá, cuanto mas hombres buenos fueren presentes.—Señor, dijo la doncella, si así son los fechos como los dichos, yo me tengo por muy bien contenta, é á Dios seais encomendado.—A Dios vayais, doncella, dijo el Rey.» E así la saludaron todos los caballeros. La doncella se fué su via, é el Rey quedó hablando con sus caballeros; pero digovos que no hobo hí tal que mucho no le pesase de aquello que el Rey prometiera, temiendo que la doncella lo querria poner en algun gran peligro de su persona; y el Rey era tal, que por grande que fuese no lo dudaria por no ser envergonzado; y él era tan amado de todos los suyos, que antes quisieran ser ellos puestos en gran afrenta é vergüenza que vérgela á él padecer; é no tovieron por bueno que un tan alto príncipe diese así livianamente sin mas deliberacion su palabra á extraña mujer, siendo obligado á la cumplir, é no certificado de lo que ella le querria demandar.

Pues habiendo en muchas cosas hablado, queriéndose la Reina acoger á su palacio, entraron por la puerta tres caballeros, los dos armados de todas armas, y el uno desarmado, y era grande é bien fecho, é la cabeza casi toda cana; pero fresco é hermoso, segun su edad. Este traía ante sí una arqueta pequeña, é preguntó por el Rey, é mostrárongelo; é descendió de su palafren, é fincando los hinojos ante él, con el arqueta en sus manos dijole: «Dios os salve, Señor, así como al príncipe del mundo que mejor promesa ha fecho si la tenédes.» El Rey dijo: «Y ¿qué promesa es esta, ó por qué me lo decís?—A mí dijeron, dijo el caballero, que queriades mantener caballería en la mayor alteza é honra que ser pudiese, é porque desto tal son muy pocos los príncipes que dello se trabajan, es lo vuestro mucho mas que lo suyo de loar.—Cierto, caballero, dijo el Rey, esa promesa terné yo cuanto la vida toviere.—Dios vos lo deje acabar, dijo el caballero, é porque oí decir que queriades tener cortes en Lóndres de muchos hombres buenos, tráigovos aquí lo que para tal hombre como vos á tal fiesta conviene.» Entonces abriendo el arqueta, sacó de ella una corona de oro tan bien obrada é con tantas piedras é aljófar, que fueron muy maravillados todos en la ver, é bien parecia que no debía ser puesta en cabeza sino de muy gran señor. El Rey la cataba mucho, con sabor de la haber para sí, y el caballero le dijo: «Creed, Señor, que esta obra es tal, que ninguno de cuantos hoy saben labrar de oro é poner piedras no la sabrian mirar.—Si me Dios ayude, dijo el Rey, yo lo tengo así.—Pues como quiera, dijo el caballero, que su obra é hermosura sea tan extraña, otra cosa en sí tiene que mucho mas es de preciar; y esto es, que siempre

CAPITULO XXX.

Cómo Amadis é Galaor é Balais se vinieron al palacio del rey Lisuarte, é de lo que despues les avino.

Partidos Amadis é Galaor del castillo de la doncella, é Balais con ellos, anduvieron tanto por su camino, que sin contraste alguno llegaron á casa del rey Lisuarte, donde fueron con tanta honra é alegría rescebidos del Rey é de la Reina é de todos los de la corte, cual nunca lo fueran en ninguna sazón otros caballeros en parte donde llegasen; á Galaor porque le nunca vieran, é sabían sus grandes cosas en armas por oídas que había fecho, é á Amadis por la nueva de su muerte, que allí llegara, que, segun de todos era muy amado, no se creían verle vivo. Así que, tanta era la gente que por los mirar salían, que apenas podían ir por las calles ni entrar en el palacio; y el Rey los tomó á todos tres, é fizolos desarmar en una cámara, é cuando las gentes los vieron desarmados tan fermosos é apuestos y en tal edad, maldecían á Arcaus, que á tales dos hermanos quisiera matar, considerando que no viviera el uno sin el otro.

El Rey envió decir á la Reina por un doncel que rescibiese muy bien aquellos dos caballeros, Amadis é Galaor, que la iban á ver. Entonces los tomó consigo, é Agrájes, que los tenía abrazados á cada uno con su brazo, é tan alegre con ellos, que mas serno podia, é fuése con ellos á la cámara de la Reina, é don Galvanes y el rey Arban con él; é cuando entraron por la puerta vió Amadis á Oriana, su señora, y estremeciésele el corazón con gran placer; pero no menos lo hobo ella; así que, cualquiera que lo mirara lo pudiera muy claro conocer; é como quiera que ella muchas nuevas dél oyera, aun sospechaba que no era vivo; é cuando sano é alegre lo vió, membrándose de la cuita é del duelo que por él hobiera, las lágrimas le vinieron á los ojos sin su grado; é dejando ir á la Reina ante sí, detúvose ya cuanto é alimpió los ojos, que no lo vido ninguno, porque todos tenían mientes en mirar los caballeros. Amadis fincó los hinojos ante la Reina, tomando á Galaor por la mano, é dijo: «Señora, veis aquí el caballero que me enviastes á buscar.—Mucho soy dello alegre,» dijo ella. E alzándolo por la mano, lo abrazó, é luego á don Galaor. El Rey le dijo: «Dueña, quiero que parta conmigo.—Y ¿qué? dijo ella.—Que me deis á Galaor, dijo él, pues que Amadis es vuestro.—Cierto, Señor, dijo ella, no me pedis poco; que nunca tan gran don se dió en la Gran Bretaña; mas así es derecho, pues que vos sois el mejor rey que en ella reinó.» E dijo contra Galaor: «Amigo, ¿qué vos parece que haga? que vos me pide el Rey mi señor.—Señora, dijo él, páreceme que toda cosa que tan gran señor pide se le debe dar, si haber se puede é vos habeis á mí para vos servir en esto y en todo, fueras la voluntad de mi hermano é mi señor Amadis; que yo no haré al sí lo que él mandare.—Mucho me place, dijo la Reina, de hacer mandado de vuestro hermano, que luego habeis yo parte en vos, así como en él, que es mio.» Amadis le dijo: «Señor hermano, faced mandado de la Reina, que así os lo ruego yo é así me place agora.» Entonces Galaor dijo contra la Reina: «Señor, pues que yo soy

el rey que en su cabeza la pusiere será mantenido é acrecentado en su honra, que así lo fizo aquel para quien fué hecha hasta el día de su muerte, é de entonces acá nunca rey la tuvo en su cabeza; é si vos, Señor, la quisiédes haber, dárvosla he por cosa que será reparo de mi cabeza, que la tengo en aventura de perder. La Reina, que delante estaba, dijo: «Cierto, Señor, mucho vos conviene tal joya como esa, é dad por ella todo lo que el caballero pidiere.—E vos, Señora, dijo, comprarme hedes un muy hermoso manto que aquí traigo.—Si, dijo ella, muy de grado.» Luego sacó de la arqueta un manto el mas rico é mejor obrado que se nunca vió, que demás de las piedras é aljófar de gran valor que en él había, eran en él figuradas todas las aves é animalías del mundo tan sotilmente, que por maravilla lo miraban. La Reina dijo: «Si Dios me vala, amigo, parece que este paño no fué por otra mano fecho sino por la de aquel Señor que todo lo puede.—Cierto, Señora, dijo el caballero, bien podeis creer sin falla que por mano é consejo de hombre fué este paño hecho; mas muy caramente se podria agora hallar quien otro semejante hiciese.» Edijo: «Aun mas vos digo, que conviene este manto mas á mujer casada que á soltera; que tiene tal virtud, que el día que lo cobijare no puede haber entre ella é su marido ninguna congoja.—Cierto, dijo la Reina, si ello es verdad, no puede ser comprado por precio ninguno.—Desto no podeis ver la verdad si el manto no hobiédes, dijo el caballero; é la Reina, que mucho al Rey amaba, hobo sabor de haber el manto, porque entre ellos fuesen los enojos excusados, é dijo: «Caballero, daros he yo por ese manto lo que quisiédes.» Y el Rey dijo: «Demandad por el manto é por la corona lo que vos pluguiere.—Señor, dijo el caballero, yo vó á gran cuita emplazado de aquel cuyo preso soy, é no tengo espacio para me detener ni para saber cuánto estas donas valen; mas yo seré con vos en las cortes de Lóndres, y entre tanto quede á vos la corona é á la Reina el manto, por tal pleito, que por ello me deis lo que vos yo demandare, ó me lo torneis, é habréislo ya ensayado é probado; que bien sé que de mejor talante que agora entonces me lo pagaréis.» El Rey dijo: «Caballero, agora creed que vos habréis lo que demandádes, ó el manto é la corona.» El caballero dijo: «Señores caballeros é dueñas, ¿ois vos bien esto que el Rey é la Reina me prometen, que me darán mi corona é mi manto, ó aquello que les yo pidiere?—Todos lo oimos,» dijeron ellos. Entonces se despidió el caballero é dijo: «Adios quedéis, que yo voy á la mas esquiva prision que nunca hombre tuvo.» Y el uno de los dos caballeros armados tiró su yelmo en tanto que allí estuvo, é parecia asaz mancebo y hermoso; pero el otro no lo quiso tirar é tuvo la cabeza abajada ya cuanto; parecia tan grande é tan desmesurado, que no había en casa del Rey caballero que le igual fuese con un pié. Así se fueron todos tres, quedando en poder del Rey el manto é la corona.

libre desta voluntad ajena, que tanto poder sobre mí tiene, agora me pongo en la vuestra merced que haga de mí lo que mas le pluguiere. Ella le tomó por la mano, é dijo contra el Rey: «Señor, agora os do á don Galaor, que me pedistes, é digoos que lo amedes, segun la gran bondad que en él há, que no será poco.—Si me ayude Dios, dijo el Rey, yo creo que á duro podria ninguno amar á él ni á otro tanto que el amor á la su gran bondad alcanzase.» Cuando esta palabra oyó Amadís paró mientes contra su señora, é sospiró, no teniendo en nada lo que el Rey decia, considerando ser mayor el amor que tenia á su señora que la bondad de sí mismo ni de todos aquellos que armas traian. Pues así como ois, quedó Galaor por vasallo del Rey en tal hora, que nunca, por cosas que despues vinieron entre Amadís y el Rey, dejó de lo ser, así como lo contarémos adelante; y el Rey se asentó cabe la Reina, é llamaron á Galaor que fuese ante ellos para le hablar. Amadís quedó con Agrájes, su primo.

Oriana é Mabilia é Olinda estaban juntas, aparte de las otras todas, porque eran las mas honradas é que mas valian. Mabilia dijo contra Agrájes: «Señor hermano, traednos ese caballero que hemos deseado mucho.» Ellos se fueron para ellas; é como ella sabia muy bien con qué melecinas sus corazones podian ser curados, metióse entre ellas ambas, é púsose á la parte de Oriana Amadís, é á la de Olinda Agrájes, é dijo: «Agora estoy entre las cuatro personas deste mundo que yo mas amo.» Cuando Amadís se vió ante su señora, el corazon le saltaba de una é otra parte, guiando los ojos á que mirasen la cosa del mundo que él mas amaba; é llegóse á ella con mucha humildad, y ella lo saludó; é tendiendo las manos por entre las puntas del manto, tomóle las suyas dél, é apretógelas ya cuanto en señal de le abrazar, é dijole: «Mi amigo, ¿qué cuita é qué dolor me hizo pasar aquel traidor que las nuevas de vuestra muerte trajo! y creed que nunca mujer fué en tan gran peligro como yo.—Cierto, amigo, señor, esto era con gran razon, porque nunca persona tan gran pérdida hizo como yo perdiendo á vos; que así como soy inas amada que todas las otras, así mi buenaventura quiso que lo fuese de aquel que mas que todos vale.» Cuando Amadís se oyó loar de su señora bajó los ojos á tierra, que solo mirar no la osaba, é parecióle tan hermosa, que el sentido alterado, la palabra en la boca le hizo morir; así que, no respondió. Oriana, que los ojos en él fincados tenia, conociólo luego, é dijo: «¿Ay amigo, señor! ¿cómo vos no amaria mas que otra cosa; que todos los que vos conocen os aman é precian? é siendo yo aquella que vos amais é preciais, en mucho mas que todos ellos es gran razon que yo vos tenga.» Amadís, que ya algo su turbacion amansaba, le dijo: «Señora, de aquella dolorosa muerte que cada dia por vuestra causa padezco pido yo que vos dolais; que de la otra que se dio ante, si me viniese, seria en gran descanso é consolacion puesto; é si no fuese, Señora, este mi triste corazon con aquel gran deseo que de servirós tiene sostenido, que contra las muchas é amargas lágrimas que dél salen con gran fuerza la su gran fuerza resiste, ya en ellas seria del todo deshecho é consumido, no porque quisiese de conocer ser los sus mortales

deseos en mucho grado satisfechos, en que solamente vuestra memoria dellos se acuerde; pero como á la grandeza de su necesidad se requiere mayor merced de la que él merece para ser sostenido é reparado, si esta presto no viniese, muy presto será en la su cruel fin caído.»

Cuando estas palabras Amadís decia, las lágrimas caian á hilo de sus ojos por las haces, sin que ningun remedio en ellas poner pudiese; que á esta sazón era él tan cuitado, que si aquel verdadero amor que en él tal desconsuelo le ponía no le consolara con aquella esperanza que en los semejantes estrechos á los sus sojuzgados suele poner, no fuera maravilla de ser en la presencia de su señora su ánima dél despedida. «Ay mi amigo! ¡por Dios no me fableis, dijo Oriana, en la vuestra muerte; que el corazon me fallece, como quien una hora sola despues della vivir no espero! y si yo del mundo he sabor, por vos, que en él vivis, lo he. Esto que me decis sin ninguna duda lo creo yo por mi misma, que soy en vuestro estado; é si la vuestra cuita mayor que la mía parece, no es por al, sino porque, siendo en mí el querer, como lo es en vos, é falleciéndome el poder que á vos no fallece, para traer en efeto aquello que vuestros corazones tanto desean, muy mayor el amoré el dolor en vos mas que en mí se muestra; mas, como quiera que avenga, yo vos prometo que, si la fortuna ó mi juicio alguna via de descanso no nos muestra, que la mi flaca osadía la fallará; que si della peligro nos ocurriere, sea antes con desamor de mi padre é de mi madre é de otros, que con sobrado amor nuestro nos podria venir estando como agora suspensos, padesciendo é sufriendo tan graves é crueles deseos como de cada dia se nos aumentan é sobrevienen.» Amadís, que esto oyó, sospiró muy de corazon, é quiso hablar, mas no pudo; é á ella, que le pareció ser todo transportado, tomóle por la mano é llegóse á sí, é dijole: «Amigo, señor, no vos desconhortéis; que yo haré cierta la promesa que vos doy; y en tanto no os partais destas cortes que el Rey mi padre quiere facer, que él é la Reina os lo rogarán; que saben cuánto con vos serán mas honradas y ensalzadas.»

Pues á esta sazón que ois la Reina llamó á Amadís, é hizo lo sentar cabe don Galaor, é las dueñas é doncellas los miraban, diciendo que asaz obrara Dios en ambos, que los ficiera mas hermosos que á otros caballeros é mejores en otras bondades; é semejábanse tanto, que á duro se podian conocer, sino que don Galaor era algo mas blanco, é Amadís habia los cabellos crespos é rubios, y el rostro algo mas encendido, y era mas membrudo algun tanto. Así estuvieron hablando con la Reina una pieza, hasta que Oriana é Mabilia hicieron señal á la Reina que les enviase á don Galaor, y ella le tomó por la mano, é dijo: «Aquellas doncellas vos quieren ver, que las no conoceis; pero sabed que la una es mi hija, é la otra es vuestra prima hermana.» El se fué para ellas, é cuando vió la gran fermosura de Oriana muy espantado fué; que no pudiera pensar que ninguna en tanta perfeccion la pudiera alcanzar; é sospechó que, segun la gran bondad de Amadís, su hermano, é la afición de morar en aquella casa mas que en otra ninguna, que en él habia visto, no le venia sino porque á él, é no á otro

ninguno, era dado de amar persona tan señalada en el mundo. Ellas le salvaron é recibieron con muy buen talante, diciéndole: «Don Galaor, vos seais muy bien venido.—Cierto, señoras, yo no viniera aquí en estos cinco años, sino fuera por aquel que hace venir aquellos todos que armas traen, así por fuerza como por buen talante; que lo uno é otro es en él mas complidamente que en ninguno de cuantos hoy viven.» Oriana alzó ojos, é mirando á Amadís, sospiró, é Galaor, que la miraba, conoció su sospecha mas verdadera de lo que ante pensaba; pero no porque otra cosa sintiese, sino por parecerle que con mas razon su hermano habia de ser amado de aquella que otro ninguno. Pues hablando con ellas en muchas cosas, llegó el Rey y estuvo allí con gran alegría hablando é riendo, porque de su placer á todos cupiese parte; é tomándolos consigo, se salió al gran palacio, donde muchos altos hombres é caballeros de gran prez estaban; é hallando puestas las mesas, se asentaron á comer, y el Rey mandó asentar á una dellas á Amadís é Galaor é Galvanes Sin-tierra é Agrájes, sin que otro caballero alguno con ellos estuviese; é así como estos cuatro caballeros se fallaron é aquel comer juntos, así despues en muchas partes lo fueron, donde sufrieron grandes peligros é afrontas en armas; porque estos se acompañaron mucho, con el gran deudo é amor que se habian; é aunque don Galvanes no toviese deudo sino con solo Agrájes, Amadís é Galaor nunca lo llamaban sino tio, y él á ellos sobrinos; que fué gran causa de acrecentar mucho su honra y estima, segun adelante se contará.

CAPITULO XXXI.

Cómo el rey Lisuarte fué á hacer cortes á la ciudad de Lóndres.

Como á este rey Lisuarte Dios, por su merced, de infante desheredado, por fallecimiento de su hermano el rey Falangris, el rey de la Gran Bretaña hizo, así puso en la voluntad (como por él sean permitidas é guardadas todas las cosas) á tantos caballeros, tantas infantas hijas de reyes, é otros muchos de extrañas tierras, de gran guisa é alto linaje, que con gran afición á le servir viniesen; no se teniendo ya ninguno en su voluntad por satisfecho si suyo no se llamase; é porque las semejantes cosas, segun nuestra flaqueza, grandes soberbias atraen, é con ellas muy mayor el desagradecimiento é desconocimiento de aquel Señor que las da, por él fué otorgado á la fortuna, que poniéndole algunos duros entrevales que escureciesen esta gloria tan clara en que estaba el su corazon amollentado, y en toda blandura puesto fuese; porque siguiendo mas el servicio del Dador de las mercedes que el apetito dañado que ellas acarrear en aquel grande estado, é mucho mayor fuese sostenido, é haciéndolo al contrario, con mas alta é mas peligrosa caída le atormentase; pues queriendo este rey que la gran excelencia de su estado real á todo el mundo fuese notoria, con acuerdo de Amadís é Galaor é Agrájes, é de otros preciados caballeros de su corte, ordenó que dentro de cinco dias todos los grandes de sus reinos en Lóndres, que á la sazón como un águila encima de lo mas de la Cristiandad estaba, á cortes viniesen, como de antes lo habia pensado é dicho, para dar orden en

las cosas de la caballería, como con mas excelencia que en ninguna casa otra de emperador ni rey, los autos della en la suya sostenidos é aumentados fuesen; mas allí donde él pensaba que todo el mundo se le habla de humillar, allí le sobrevinieron las primeras asechanzas de la fortuna, que su persona é reinos pusieron en condicion de ser perdidos, como agora vos será contado.

Partió el rey Lisuarte de Vindilisora con toda la caballería, é la Reina con sus dueñas é doncellas, á las cortes que en la ciudad de Lóndres se habian de juntar; la gente pareció en tanto número, que por maravilla se debria contar. Habia entre ellos muchos caballeros mancebos ricamente armados é ataviados, é muchas infinitas hijas de reyes, é otras doncellas de gran guisa, que dellos muy amadas eran, por las cuales grandes justas é fiestas por el camino hicieron. El Rey habia mandado que le llevasen tiendas é aparejos, porque no entrasen en poblado, é se aposentasen en las vegas cerca de las riberas é fuentes, de que aquella tierra muy bastada era. Así por todas las vias se les aparejaba la mas alegre é mas graciosa vida que nunca fasta allí tuvieran; porque aquel tan duro é cruel contraste venido sobre tanto placer, con mayor angustia é tristeza de sus ánimos sentido fuese; pues así llegaron á aquella gran ciudad de Lóndres, donde tanta gente hallaron, que no parecia sino que todo el mundo allí asonado era. El Rey é la Reina con toda su compañía fueron á descabalar en sus palacios, é allí en una parte dellos mandó posar á Amadís é á Galaor é Agrájes, don Galvanes é otros algunos de los mas preciados caballeros, é las otras gentes en muy buenas posajías, que los aposentadores del Rey de antes les habian señalado. Así holgaron aquella noche é otros dos dias con muchas danzas é juegos, que en el palacio é fuera en la ciudad se hicieron; en los cuales Amadís é Galaor eran de todos tan mirados, é tanta era la gente que por los ver acudian donde ellos andaban, que todas las calles eran ocupadas; tanto, que muchas dejaban de salir de su aposentamiento.

A estas cortes que ois vino un gran señor, mas en estado é señorío que en dignidad de virtudes, llamado Barsinan, señor de Sansueña, no porque vasallo del rey Lisuarte fuese, ni mucho su amigo ni conocido, mas por lo que agora oiréis. Sabed que estando este Barsinan en su tierra, llegó allí Arcalaus el encantador, é dijole: «Barsinan, señor, si tú quisieses, yo daría orden como fueses rey sin que gran afán ni trabajo en ello hobiese.—Cierto, dijo Barsinan, de grado tomaria yo cualquiera trabajo que ende venir me pudiese, con tal que rey pudiese ser.—Tú respondes como sesuno, dijo Arcalaus, é yo haré que lo seas, si creermos quisieres, y me ficieres pleito que me farás tu mayor dolo mayor, é no me lo quitarás todo el tiempo de tu vida.—Eso faré yo muy de grado, dijo Barsinan; é decidme por cuál guisa se puede hacer lo que me decis.—Yo os lo diré, dijo Arcalaus. Id vos á la primera corte que el rey Lisuarte ficiere, é llevad gran compañía de caballeros; que yo prenderé al Rey en tal forma que de ninguno de los suyos pueda ser socorrido; é aquel dia habré á su hija Oriana, que vos do por mujer; y en cabo de cinco dias enviaré á la corte del Rey su ca-

beza. Entonces punad vos por tomar la corona del Rey, que siendo él muerto, é su hija en vuestro poder, que es la derecha heredera, no habrá persona que vos contrariar pueda.—Cierto, dijo Barsinan, si vos eso haceis, yo vos haré el mas rico é poderoso hombre de cuantos conmigo fueren.—Pues yo haré lo que digo,» dijo Arcalaus.

Por esta causa que ois vino á la corte esté gran señor de Sansueña, Barsinan, al cual el Rey salió con mucha compañía á lo recibir, creyendo que con sana é buena voluntad era su venida; é mandóle aposentar, é á toda su compañía, é darle las cosas todas que menester hobiesen; mas dígoos que viendo él tan gran caballería, é sabido el leal amor que al rey Lisuarte habian, mucho fué arrepentido de tomar aquella empresa, creyendo que á tal hombre ninguna adversidad le podia empecer. Pero, pues que ya en ello estaba, acordó de esperar el cabo, porque muchas veces lo que imposible parece, aquello no con pensado consejo muy mas presto que lo posible en efeto viene; é hablando con el Rey, le dijo: «Rey, yo oí decir que hacíades estas grandes cortes, é vengo ahí por vos hacer honra; que yo no tengo tierra de vos, sino de Dios, que á mis antecesores é á mí libremente dió.—Amigo, dijo el Rey, yo os lo agradezco mucho, y lo galardonaré en lo que á vos tocare que á mi mano venga; que cierto mucho só alegre en ver tan buen hombre como vos sois; é como quiera que yo tengo muchos altos hombres de gran guisa, antes vuestro voto que el suyo me placirá de tomar, creyendo que con aquella voluntad que de vuestra tierra partistes para me visitar, con ella guiaréis vuestro consejo é mi provecho é honra.—Deso podeis vos ser cierto, dijo Barsinan; que en lo que yo supiere seréis de mi consejado, segun el propósito y deseo que aquí me hizo venir.» El decia en esto verdad; mas el rey Lisuarte, que á otra fin lo echaba, mucho gelo gradeció.

Entonces mandó armar tiendas para sí é para la Reina fuera de la villa, en un gran campo, y dejó sus casas á Barsinan, en que morase, é habló con él muchas cosas de las que tenia pensado de hacer en aquellas cortes, en especial sobre el arte de la caballería; é loábale mucho todos sus caballeros, diciéndole sus grandes bondades; mas sobre todos le ponía delante lo de Amadís é don Galaor, su hermano, como de los dos mejores caballeros que en todo el mundo en aquella sazón podian hallar; y dejándole en los palacios, se fué á las tiendas, donde la Reina ya estaba, é mandó decir á sus hombres buenos que otro dia fuesen allí con él todos; que les quería decir la razon por qué los habia juntado. Barsinan é su compañía hobieron muy abastamente todas las cosas que menester hobieron; mas dígoos que aquella noche no la durmió él asesegado, pensando en la gran locura que habia hecho, creyendo que á tal buen hombre como lo era el Rey, é que tal poder tenia, que la gran sabiduría de Arcalaus ni el poder de todo el mundo le podrian empecer. Otro dia de mañana vistió el Rey sus paños reales, cuales para tal dia le convenian, é mandó que le trajesen la corona que el caballero le dejara, y que dijesen á la Reina que se vistiese el manto. La Reina abrió el arqueta, en

que todo estaba, con la llave que ella siempre en su poder tovo, é no halló ninguna cosa dello, de que muy maravillada fué, é comenzó de santiguar y enviolo decir al Rey; é cuando lo supo, mucho le pesó, pero no lo mostró así ni lo dió á entender; é fuese para la Reina, é sacándola aparte, díjole: «Dueña, ¿cómo guardastes tan mal cosa que tanto á tal tiempo nos convenia?—Señor, dijo ella, no sé qué diga en ello, sino que el arqueta hallé cerrada; é yo he tenido la llave, sin que de persona la haya fiado; pero dígoos tanto, que esta noche me pareció que vino á mí una doncella, é díjome que le mostrase el arqueta, é yo en sueños gela mostraba, y demandábame la llave, é dábárgela, y ella abría el arqueta é sacaba della el manto é la corona, é tornando á cerrar, ponía la llave en el lugar que ante estaba, é cobriase el manto é ponía la corona en la cabeza, pareciéndole tan bien, que muy gran sabor sentia yo en la mirar; é decíame: «Aquel y aquella cuyo será, reinará ante de cinco dias en la tierra del poderoso que se agora trabaja de la defender é de ir conquistar las ajenas tierras.» E yo le preguntaba quién é ese, y ella me decia: «Al tiempo que digo lo sabrás.» Y desapareció ante mí, llevando la corona y el manto; pero dígoos que no puedo entender si esto me avino en sueños ó en verdad.» El Rey lo tovo por gran maravilla é dijo: «Agora vos dejad ende y no lo habéis con otro.» Y saliendo ambos de la tienda, se fueron á la otra, acompañados de tantos caballeros y dueñas é doncellas, que por maravilla lo toviera cualquiera que lo viesse, y sentóse el Rey en una muy rica silla, é la Reina en otra algo mas baja, que en un estrado de paños de oro estaban puestas; é á la parte del Rey se pusieron los caballeros, y de la Reina sus dueñas é doncellas, é los que mas cerca del Rey estaban eran cuatro caballeros que él mas preciaba; é uno Amadís y el otro Galaor, é Agrájes, é Galvanes Sintierra; é á sus espaldas estaba Arban, rey de Norgales, todo armado, con su espada en la mano, é con él docientos caballeros armados.

Pues así estando todos callados, que ninguno fablaba, levantóse en pié una hermosa dueña ricamente guarnida, y levantáronse con ella fasta doce dueñas é doncellas, todas del su mismo atavío vestidas; que esta costumbre tenian las dueñas de gran guisa é los ricos hombres, de llevar á los suyos en semejantes fiestas bien vestidos como sus propios cuerpos. Pues aquella hermosa dueña fué ante el Rey é ante la Reina con tal compañía, é dijo: «Señores, oidme, y deciros he un pleito que contra aquel caballero que hi está tengo.» Y tendió la mano contra Amadís, é comenzando su razon, dijo: «Yo fui gran tiempo demandada por Angriote de Estravaus, que hi presente es.» E contó todo cuanto con él le aviniera, é por cuál razon lo hizo guardar el valle de los Pinos; é avino así, que le hizo dejar el valle por fuerza de armas un caballero que se llama Amadís; é dicenme que seyendo ellos en amistad, le prometió que á todo su poder faria que Angriote me hobiese, é yo puse mi guarda en mi castillo cual me plugo, é cual cuidé que ningun caballero extraño la podia pasar.» E dijo allí cuál era la costumbre, así como el cuento lo ha devisado. Otrosí dijo: «Señor,

toda aquella guarda que os digo ha pasado ese caballero que hi está á vuestros piés.» Y esto decia por Amadís, no sabiendo ella quién fuese; é y desde ese caballero en mi castillo entró prometiendo de su placer de hacer quitar á Amadís de aquel don que Angriote prometiera á todo su leal poder, agora por fuerza de armas ó por otra cualquiera via; é luego despues desta promesa se combatió ese caballero en el castillo con un mi tio que aquí está.» E contó allí por cuál razon la batalla fuera, é lo que en ella les avino; é muchos miraron entonces á Gasinan, que de antes en él no paraban mientes, cuando oyeron decir que habia osado combatir con Amadís. E cuando la dueña vino á contar cima de su batalla dijo cómo su tio fuera vencido y estaba en punto de perder la vida, é cómo ella habia demandado en don al caballero que lo no matase; é y señores, dijo ella, por mi ruego lo dejó á tal pleito que yo viniese á la primera corte que vos ficiédeses, y le diese un don cual él lo demandase; é yo, por complir, soy venida á esta corte, que ha sido la primera, é digo ante vos que él se atenga en lo que me prometió, é yo compliré lo que él demandare, si por mí acabar se puede.» Amadís se levantó estonces é dijo: «Señor, la dueña ha dicho verdad en nuestras promesas, que así pasaron, é yo lo otorgo ante vos, que haré quitar á Amadís de lo que prometió á Angriote, y déme ella el don, como lo prometió.» La dueña fué dello muy alegre, é dijo: «Agora pedid lo que quisiédeses.» Amadís le dijo: «Lo que yo quiero es que caseis con Angriote é lo ameis así como vos él ama.—Santa Maria! valme, dijo ella, ¿qué es esto que me decis?—Buena señora, dijo Amadís, dígoos que caseis con tal hombre cual debe casar dueña hermosa y de gran guisa, como lo vois sois.—Ay caballero! dijo, y ¿cómo teneis así vuestra promesa?—Yo no vos prometí cosa que no vos atenga, dijo él; que si prometí de hacer quitar á Amadís de la promesa que hizo á Angriote, en esto lo hago; que yo soy Amadís, é dóle su don que le otorgué, é así tengo cuanto dije á vos é á él.» La dueña se maravilló mucho, é dijo contra el Rey: «Señor, ¿es verdad que este buen caballero es Amadís?—Sí, sin falla, dijo él.—Ay mezquina! dijo ella, cómo fui engañada; agora veo que por sino ni por arte no puede hombre huir las cosas que á Dios placen; que yo me trabajé cuanto mas pude por ser partida de Angriote, no por desgrado que dél tengo, ni porque deje de conocer que su grande valor no merezca señorear mi persona, mas por ser mi propósito en tal guisa, que viviendo en toda honestidad, de libre subjeta no me hiciese; é cuando mas dél apartada cuidó estar, estonces me veo tan junta como védes.» El Rey dijo: «Si Dios me ayude, amiga, vos debíades ser alegre desta avenencia; que vois sois hermosa y de gran guisa, y él es hermoso caballero é mancebo; é si vos sois muy rica de haber, él lo es de bondad é virtud, así en armas como en todas las otras buenas maneras que buen caballero debe haber; é por esto me parece ser con gran razon conforme vuestro casamiento y el suyo, é así creo que les parecerá á cuantos en esta corte son.» La Dueña dijo: «E vos, señora Reina, que una de las mas principales mujeres del mundo en seso y en bondad Dios hizo, ¿qué

me decidés?—Dígoos, dijo ella, que, segun es loado y presciado Angriote entre los buenos, merece ser señor de una gran tierra, é amado de cualquier dueña que él amase.» Amadís le dijo: «Mi buena señora, no creais que por accidente ni aficion hice aquella promesa á Angriote; que si tal fuera, mas por locura é liviandad que por virtud me debiera ser reputado; mas conociendo su gran bondad en armas, que á mí muy caro me hobiera de costar, é la gran aficion é amor que él vos tiene, tove por cosa justa que, no solamente yo, mas todos aquellos que buen conocimiento tienen, debriamos procurar cómo él de aquella pasión, é vos del poco conocimiento que dél teníades, fuédeses remedios.—Cierto, Señor, dijo ella, en vos ha tanta bondad, que no vos dejaria decir sino verdad ante tantos hombres buenos; y pues lo vos por tan bueno teneis, y el Rey é la Reina, mis señores, yo seria muy loca si de no me pagase, aunque tal pleito sobre mí no toviese de que con derecho no me puedo partir, y védesme aquí, haced de mí á vuestra guisa. Amadís la tomó por la mano, é llamando á Angriote, le dijo delante de quince caballeros de su linaje que con él vinieron: «Amigo, yo vos prometí que vos haria haber vuestra amiga á todo mi poder, é decidme si es esta.—Esta es, dijo Angriote, mi señora é cuyo yo soy.—Pues yo os entrego della, dijo Amadís, por pleito que vos caseis ambos é la honreis é ameis sobre todas las otras del mundo.—Cierto, Señor, dijo Angriote, deso vos creeré yo muy bien.» El Rey mandó al obispo de Salerno que los llevase á la capilla y les diese las bendiciones de la santa Iglesia; é así se fueron Angriote é la dueña é todos los de su linaje con el Obispo á la villa, donde se hizo con mucha solemnidad el casamiento; que podemos decir que, no los hombres, mas Dios, veyendo la gran mesura de que Angriote con aquella dueña usó cuando la en su libre poder tovo, é no quiso contra su voluntad hacer aquello que en el mundo mas deseaba; antes, con gran peligro de su persona, se puso por su mandado donde por Amadís fué puesto muy cerca de la muerte; que quiso que una tan gran resistencia fecha por la razon contra la voluntad tan desordenada, sin aquel mérito que merecia é tanto él deseaba no quedase.

CAPITULO XXXII.

Cómo el rey Lisuarte, estando ayuntadas las cortes, quiso saber su consejo de los caballeros de lo que hacer convenia.

Con sus ricos hombres el rey Lisuarte quedó por les fablar é díjoles: «Amigos, así como Dios me ha fecho mas rico é mas poderoso de tierra y gente que ninguno de mis vecinos, así es razon que, guardando su servicio, procure yo de hacer mejores é mas loadas cosas que ninguno dellos; é quiero que me digais lo que aquello que vuestros juicios alcanzaren, por donde pueda á vos é á mí en mayor honra sostener; é dígoos que lo así faré.» Barsinan, señor de Sansueña, que en el consejo estaba, dijo: «Buenos señores, ya habeis oido lo que el Rey vos encarga; yo ternia por bien, si á él le pluguiese, que dejádoos aparte sin la su presencia, determinádeses lo que demanda, por que mas sin empacho vuestros juicios fuesen en la razon guiados, y